



RECOLECCIÓN DE HENO.
Cuadro de Guillermo Ciardi.

UNA NOCHE MUY LARGA.

Cuento de fin de año

ERA una noche muy negra; ¿por qué fué muy larga? Ya lo explicaremos luego.

Por el pronto, era muy negra y muy fría.

La noche del último día del año, del 31 de Diciembre.

Y era una plaza muy grande, rodeada de viejos soportales de forma irregular; y

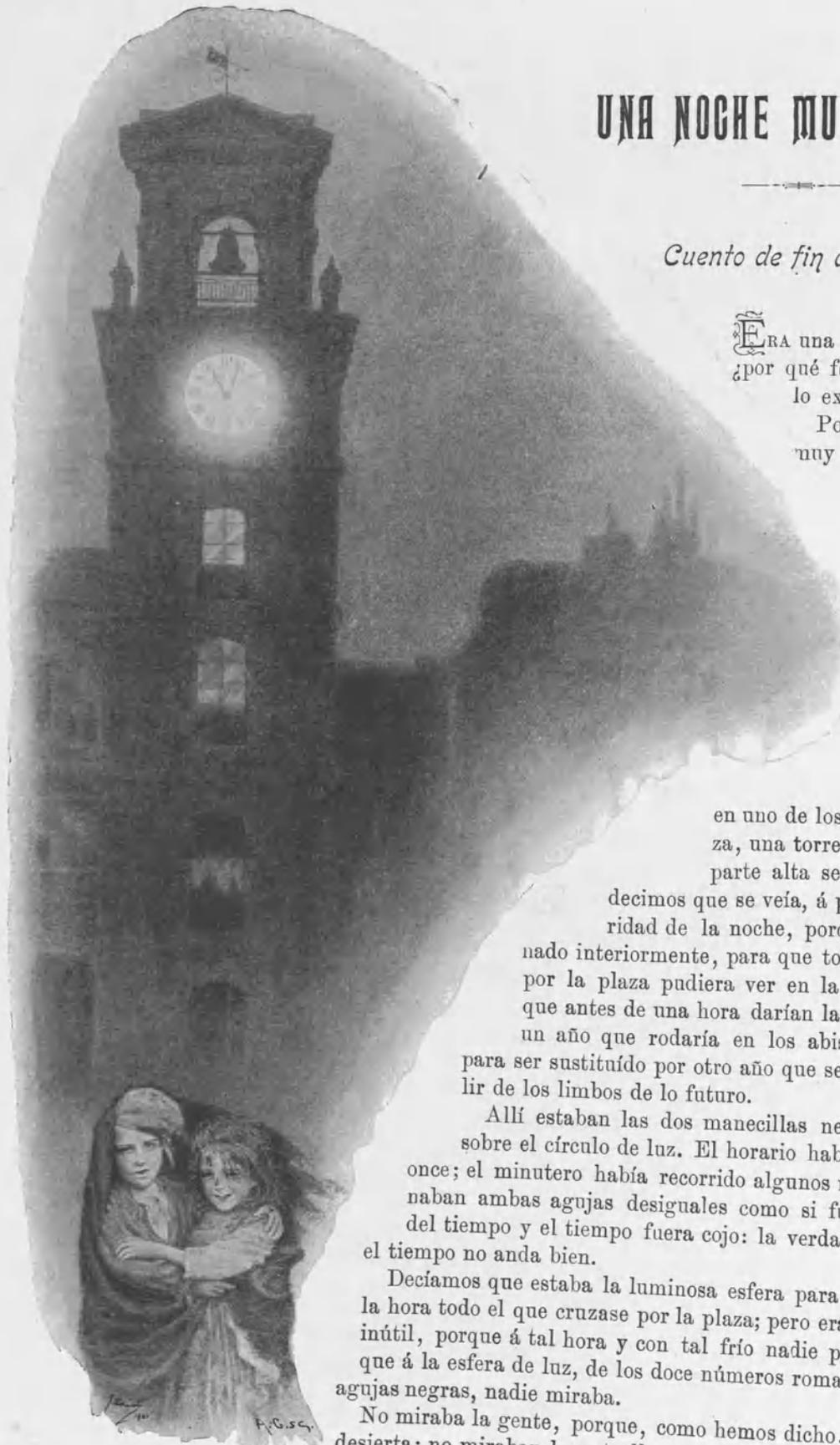
en uno de los frentes de la plaza, una torre antigua, en cuya parte alta se veía un reloj; y

decimos que se veía, á pesar de la obscuridad de la noche, porque estaba iluminado interiormente, para que todo el que pasase por la plaza pudiera ver en la luminosa esfera que antes de una hora darían las doce y acabaría un año que rodaría en los abismos de la nada para ser sustituido por otro año que se aprestaba á salir de los limbos de lo futuro.

Allí estaban las dos manecillas negras caminando sobre el círculo de luz. El horario había pasado de las once; el minuterero había recorrido algunos minutos, y caminaban ambas agujas desiguales como si fueran las piernas del tiempo y el tiempo fuera cojo: la verdad es que á veces el tiempo no anda bien.

Decíamos que estaba la luminosa esfera para que pudiera ver la hora todo el que cruzase por la plaza; pero era precaución casi inútil, porque á tal hora y con tal frío nadie pasaba; de suerte que á la esfera de luz, de los doce números romanos y de las dos agujas negras, nadie miraba.

No miraba la gente, porque, como hemos dicho, la plaza estaba desierta; no miraban las estrellas, porque el cielo estaba entoldado;



y además las estrellas, para saber la hora, no necesitan mirar á ningún reloj: el mejor reloj son ellas mismas; reloj inmenso con esfera negra, pero esmaltada de azul; reloj que no se descompone ó que no nos parece á nosotros que se descompone, aunque también tiene sus irregularidades seculares; sobre todo, reloj al cual no hay que darle cuerda, porque se la dieron no se sabe cuándo, y se ignora hasta cuándo durará.

Decíamos, lo hemos repetido varias veces, que nadie podía ver el reloj; y al decir esto exageramos, porque todo el que escribe tiende á exagerar.

Por la plaza venían un niño y una niña de la última clase social, de los míseros, de los abandonados, de los que no tienen padre ni madre, ni hogar.

Aparecieron de pronto en el arroyo sin que ellos supieran de dónde venían, y el mejor día desaparecerán sin que sepa nadie adónde se fueron.

¿Eran hermanos? Nadie lo pudo averiguar.

¿Eran dos átomos de la miseria, que por misteriosa atracción un día se unieron jugueteando en un rayo de sol, y luego signieron unidos en la nieve, en el frío y en el hambre?

Esto sí se sabe; quiero decir, se sabe que siempre iban unidos.

Y cruzaron la plaza sin mirar al reloj; también para ellos el reloj era inútil. Decididamente aquella noche el reloj no servía para nadie.

Y los chicos seguían cruzando la plaza y reían sin que se sepa á punto fijo por qué.

Una risa entre sombras es más alegre y más luminosa que la esfera iluminada de un reloj en lo alto de una torre.

Y hablando en voz baja, y riendo con notitas argentinas, se metieron bajo un soportal de los que estaban enfrente de la torre.

En el fondo había una puerta bastante grande y bastante profunda, con un escalón de entrada de aristas redondas, y cortado en sus extremos para dar paso á las ruedas de algún carruaje. Parecía algo así como una puerta cochera; pero el escalón podía servir de almohada, almohada de granito; cuando hay mucho sueño es muy blanda.

Sobre aquel escalón se sentó el chico, y le dijo á la chiquilla con voz cariñosa, pero de mando, que el sexo fuerte desde chiquito se impone al sexo débil:

—Conque vas á la tahona, y allí esperas hasta que den las doce, que yo aquí te aguardo.

—Bueno —dijo la chiquilla; —allá voy y volveré.

Y se agarró á un mechón de pelos del chiquillo, le dió un tirón y escapó corriendo y riendo por entre las columnas del soportal, saliendo y entrando varias veces, como si las fuera trenzando con risas y alegrías; después se perdió en las sombras de la plaza.

El chiquillo se quedó solo y casi aburrido.

Por hacer algo se puso á mirar al reloj, porque en la masa inmensa de sombra, aquel círculo brillante era muy propio para atraer las miradas, y más las miradas de un niño, ni más ni menos que el resplandor de una luz atrae á las mariposas.

Eran dos estrellitas azules y brillantes los ojos del niño, que miraban el luminoso reloj de la torre sin saber por qué ni para qué.

Y así pasó algún tiempo: las agujas negras del reloj continuaban caminando con su eterna cojera. Por eso la pata larga siempre va más aprisa que la corta.

Y en esto, otro personaje entró en la plaza.

Parecía tener figura humana; pero esto no es muy seguro, porque entre las sombras sus contornos eran borrosos.

Caminaba con lentitud, pero con perfecta regularidad; dijérase que llevaba el compás del reloj, y para ser semejante á él en todo, hasta parecía tener una pierna más larga que la otra.

Era muy viejo. Su barba era blanca y larga; pero en su frente y en sus ojos hubiera brillado á la luz del día una eterna juventud: viejo y joven al mismo tiempo. Un joven que casi todo él ha envejecido de pronto, ó un viejo que empieza á rejuvenecer.

Su traje no era fácil definirlo: era irregular, flotante y revuelto; acaso una manta, que le caía por las espaldas: á veces parecía que era un viejo con alas; alas enormes y mal plegadas, como si á cada instante fuera á romper á volar.

Los pies descalzos: el uno blanco, casi sonrosado; el otro de color plumizo. Aquel viejo lo mismo era capaz de caminar con el pie ligero y juvenil de la esperanza que con pies de plomo.

Ni era simpático, ni era repulsivo, ó mejor dicho, era las dos cosas al mismo tiempo.

Y al decir al mismo tiempo acaso hemos dicho una gran verdad, y hemos nombrado al personaje sin querer nombrarlo.

Lo único repugnante en él era su boca, en que se dibujaba una sonrisa desdeñosa de viejo ma-

rrullero y escéptico. Y, sobre todo, su dentadura: su dentadura era horrible; qué fuerte, qué poderosa; sus dientes eran dientes de fiera, capaces de devorar hombres y piedras. No reían sus labios; la risa, por extraño que parezca, estaba en sus dientes, que parecían decir:—Yo lo devoré todo, yo todo lo he devorado, y nunca me canso; á pesar de mis años, conservo la dentadura de siempre: he triturado mucho; muchos siglos, muchas razas, muchos seres; ni el mismo Sol se libra de mis dentelladas, y concluiré por tragármelo.

Este sér fantástico, que un poeta hubiera comparado *al tiempo*, y que quién sabe si era *el tiempo mismo*, que al terminar el año salía á dar un paseo, cruzó por la plaza, se metió bajo el soportal y se detuvo mirando al niño, que sobre el viejo escalón de piedra se había quedado dormido como en blandísimo colchón de plumas.

El niño durmiendo; el viejo de las fantásticas alas, de la frente juvenil y de las poderosas mandíbulas y dentadura de tigre mirándole; y en lo alto de la torre el reloj mirando á uno y á otro.

El más indiferente de los tres era el niño.

Ni le preocupaba, ni sentía la mirada del viejo.

Éste sí parecía interesarse por el niño, como el tiempo parece interesarse por algunos seres mientras no llega el momento en que los devora.

¿Qué expresaba el viejo en su mirada? Vaya usted á averiguarlo: podía ser mirada de cariño, podía ser mirada de apetito. ¡El tiempo, con ser tan uniforme, es tan variable!.... Hay tiempos alegres, hay tiempos tristes. Tiempos que repiquean como castañuelas ó como risotadas de niños; tiempos lúgubres y sombríos, como campana que toca á fuego ó que toca á muerto; tiempos indiferentes é insustanciales, que casi se confunden con la nada.

El caso es que el viejo, que si no era el tiempo era su propia imagen, se inclinó hacia el niño, le tocó en el hombro y le pidió que le dejase sentar á su lado.

Al niño qué más le daba. Se retiró un poco, y le dejó sitio; á un niño el tiempo no le molesta, ni piensa en él.

Al cabo de un rato le preguntó el viejo cuántos años tenía. El niño se encogió de hombros.

—Anda, anda, qué sé yo.

—¿Pero al menos sabrás lo que es un año?— continuó preguntando el viejo, tomando aspecto de examinador.

El niño, después de meditarlo, le contestó:

—Un año es desde hoy hasta otro año.

Sin notar que cometía una grave falta, puesto que incluía al definido en la definición; pero el viejo no se precaba de aristotélico, y se dió por satisfecho.

—¿Y tú sabes—signió diciendo—lo que son los segundos y los minutos y las horas? ¿Y tú sabes lo que son los días?

El chiquillo se echó á reír.

—Eso de los segundos y los minutos no lo sé bien; pero he oído hablar de ellos; deben ser unas cosas muy pequeñitas. Cuando me pongo la mano en el pecho siento dentro un tic-tac, y ese mismo tic-tac he oído muchas veces en el pecho de la María, cuando corre. Pues eso debe ser lo que usted dice.

El viejo quiso averiguar quién era María, pero no lo pudo conseguir. La María era la María, y de ahí no le sacaba al chiquillo.

Pero ya sobre las horas dió explicaciones más claras.

Sabía cuál era la hora de despertar porque la claridad del día era su despertador; y cuál era la hora de almorzar porque un albañil le daba algún mendrugo sobrante; y cuál era la hora de ir á paseo con su compañera; y cuál era la hora de dormir, que era cuando ya no pasaba nadie á quien pedir limosna por la plaza. Todas estas horas estaban perfectamente determinadas. Y el viejo, ó sea el tiempo, porque ya es cosa resuelta que aquel viejo era el tiempo en persona, se dió por satisfecho con las explicaciones del niño.

Y así, hablando, hablando, pasó el tiempo, y el niño sintió sueño, y el tiempo le cogió en sus brazos y se empeñó en que durmiese; pero el chiquillo sentía mucho frío, y el tiempo no podía hacerle entrar en calor, por más que le echaba encima sus dos alas, como si fueran las dos puntas de un mantón.

La verdad es que *el tiempo* no podía abrigar á la criatura, porque aquella noche *el tiempo* era muy frío, *tiempo* de nieve y de viento.

—La verdad es que el lenguaje tiene caprichos singulares—pensaba el viejo;—me confunden á mí, que soy el tiempo legítimo, el de las duraciones, el de las dos puntas infinitas, el de lo pasado y lo futuro, dos alas inmensas, con un cuerpo inapreciable, que es el presente, á mí, el sér de esencia más noble y más pura, el de la eternidad, en suma; me confunden, repitó, con el tiempo vulgar de las estaciones, con el frío, con el calor, con la

ventisca, con la lluvia, con los vendavales; ¿qué tengo yo que ver con todo eso, ni cuando he arrastrado mis alas por el lodo? Todo eso es el tiempo de los hombres, y yo soy el tiempo de Dios.

Mientras el viejo pensaba en cosas sublimes, el

paró, y, por lo tanto, se paró el reloj de la torre.

Todo en suspenso, todo inmóvil, todo durmiendo; hasta se pararon los astros, que se preguntaban unos á otros con asombro:—Pero si el tiempo no corre, ¿qué vamos á hacer nosotros?



niño se quedó dormido, y al viejo, en cuyo seno dormía la infancia, le entró sueño también.

Ello fué que el tiempo se quedó dormido con el niño en brazos.

Y sucedió una cosa extraña: que el tiempo se

La consecuencia natural fué que *aquella noche duró mucho más de lo que en buena ley cronológica debía durar*. Fué una noche muy larga, y el tiempo se detuvo mientras el viejo y el niño dormían.

Para las dichas y las alegrías gran fortuna, porque parecía que la noche no iba á concluir nunca. Para los dolores y las desdichas, desgracia enorme, porque no pasaban, y parecía que iban á ser eternas.

Y entretanto el niño durmiendo, y durmiendo el viejo, y las agujas del reloj de la torre inmóviles.

En esto vino una niña corriendo por la plaza, con un enorme pan bajo el brazo.

Era que aquella noche, un panadero misericordioso, que también los hay, antes de dar las doce repartía panes á los niños pobres para que al empezar el año nuevo lo empezasen estrenando con sus diente-cillos una hogaza recién salida del horno.

La chiquilla se metió en el soportal y empezó á buscar entre la sombra á su compañero; pero no lo encontraba, porque estaba entre los brazos del tiempo, cubierto por sus alas, y, á manera de blanco cortinaje, por los mechones nevados de la barba enorme que hasta la cintura le caía de ordinario al anciano.

De pronto le vió, ó le adivinó, y empezó á dar gritos para despertarle.

—¡Despierta, holgazán!

Y el viejo y el niño despertaron, y el tiempo echó á andar otra vez, y siguieron su curso los astros, y tomaron carrera dolores y alegrías, y el reloj de la torre dió las doce.

Había terminado un año.

El tiempo se puso en pie, y señalando hacia la esfera luminosa, le preguntó al niño:

—¿Tú sabes lo que es aquello?

Pero el niño no le atendía, que había hincado el diente en el pan redondo y sabroso.

—Pues aquello—signió diciendo el viejo—es un reloj.

—Para mí no hay más reloj que éste—dijo el chico señalando á la hogaza;—*éste sí que da la hora.*

Y seguía comiendo.

María no quiso ser menos, y clavó sus diente-cillos, que eran como minutos de marfil, en la redonda y tostada esfera.

El tiempo contempló á los niños con cierto cariño, escondió como pudo bajo el labio sus dientes voraces, y se despidió de los chiquillos diciéndoles:

—Seguid por ahora, que ya volveré por vosotros dentro de algún tiempo.

—¿Quiere usted pan?—le dijo el chiquillo.

Y él, asomando los dientes como muestra de apetito, le dijo al alejarse:

—Yo, como soy tan viejo, necesito comer mucho más; con ese pan no tengo bastante: voy á comer mi ración.

Y se alejó por la plaza, mientras los chiquillos se sentaban en el escalón del portal y celebraban, entre mordiscos y risas, la entrada del año nuevo.

JOSÉ ECHEGARAY.

El Escorial.

A.....

(ENVIÁNDOLE EL SONETO.)

Con la solemne calma del desierto,
Tan imponente elévase el coloso,
Que hasta el reloj con eco pavoroso
Al rey evoca en su sepulcro yerto.
La sombra augusta del monarca muerto
Deja en sus claustros su perfil medroso,
Y el corazón allí busca reposo
Como lo busca el náufrago en el puerto!

Tú, noble amigo, con serena calma
Te acoges á sus cúpulas benditas
Como el viajero á la benigna palma!
Y si á cantar el Escorial me invitas
Es que responde al temple de tu alma
El templo donde rezas y meditas!!!

ANTONIO GRILLO.



CONVALECIENTE.

Cuadro de Melton.



GEOGRAFÍA.

Que todos los oficios son aburridos
Dice un amigo mío que está en Correos,
Y que los que parecen más divertidos,
Para el que los ejerce resultan feos.

Por lo cual juzga el pobre la más impía
De todas las humanas penalidades
La suya; la de estarse de noche y día
Viendo nombres de pueblos y de ciudades.

Pues dice que se graban de tal manera
Los nombres de los pueblos de toda Europa,
Que al año de servicios, por vez primera,
En la *sopa de letras* los vió en la sopa!

Y desde aquel entonces jura y perjura
Que cuando coge un libro de ciencias ó artes,
No logra distraerse con su lectura,
Porque saltan los pueblos por todas partes.

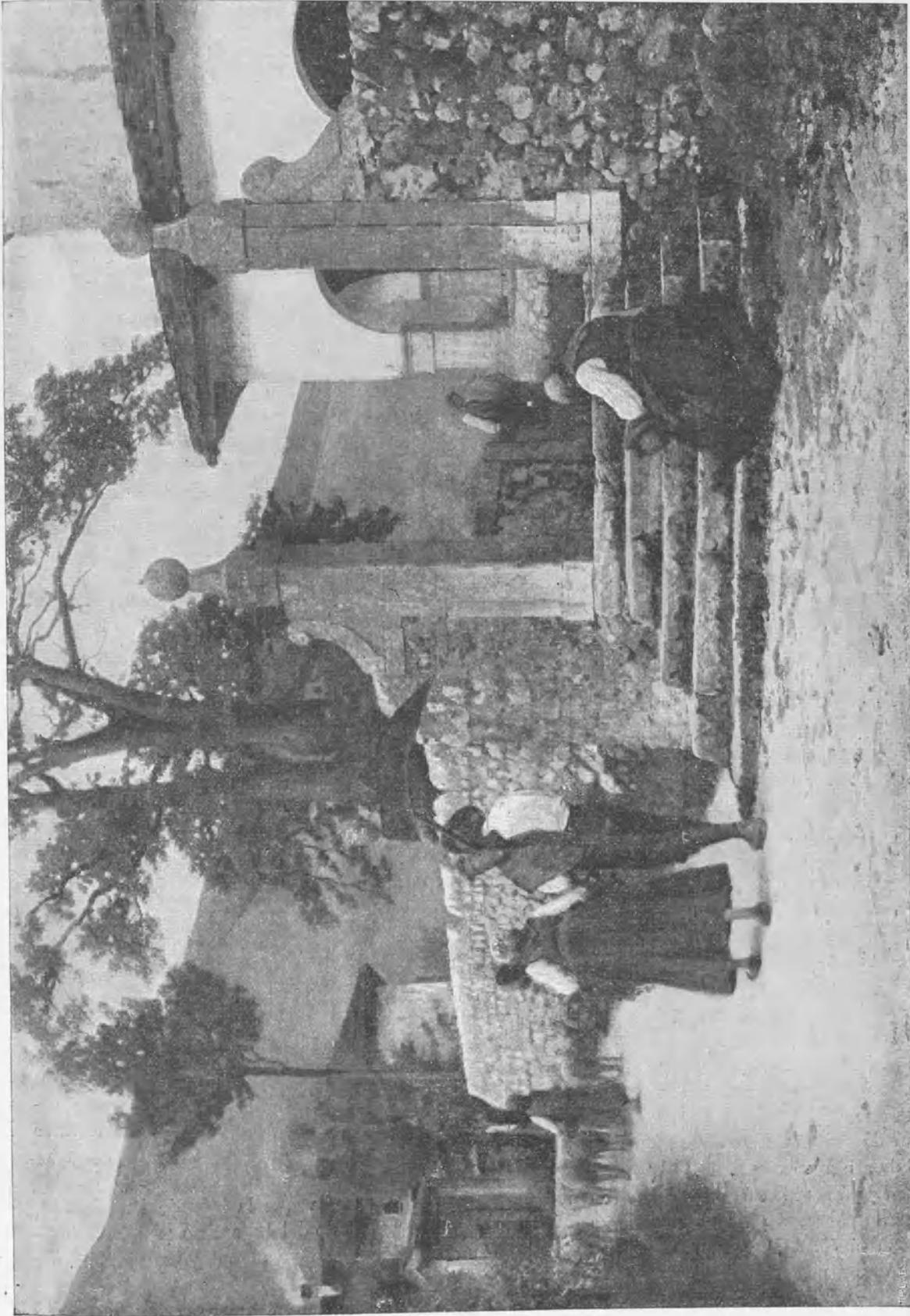
Y para convencerme de que era cierto
Lo que yo reputaba monomanía,
Abrió al azar un libro, y en él abierto
Vi un romance morisco que así decía:

«Al declinar de una tarde
Hermosa de primavera,
Todo el cielo resplandores
Y toda flores la tierra;
En el alto minarete
Del tocador de la Reina
Contempla la hermosa Zara
Desde la **TORRE LA VEGA**.
Está Boabdil á su lado,
Y está mirando con pena
Que el sol que su **CARA BAÑA**
Ilumina su tristeza.
Y mostrando la campiña,
Por si logra distraerla,
—Mira—la dice,—mi Zara,
MIRA FLORES por doquiera;
Mira cómo el sol poniente
Baña de rojo la sierra;
Mira que con esas tintas
De **GRANA DA** gozo verla.
Contempla cómo el sonoro
Dauro el resplandor refleja,
Que en sangre va el **RÍO TINTO**
Con la luz que reverbera;
Busca al Genil, que entre flores
Por la campiña serpea,
Para unir **ENTRAMBAS AGUAS**

Al pie de la blanca sierra.
Y al ver que la hermosa Zara
Ni sonríe ni contesta,
Dícela: ¡Oh **TU DE LA** corte
Y del alma reina mía!
¿Qué causa tienen los celos
Que por mi mal te atormentan?
No es posible que **LA HAYA**
Contra mi amante firmeza.
Mira que te ruego, y mira
Que quien no quiere **NO RUEGA**;
Cierra, cierra, Zara mía,
El pecho **A VILES** sospechas,
No me niegues tu sonrisa,
Que no hallarás en la tierra
Seres que por ella vivan
Ni que el **ALMA DÉN** por ella.
Imagen son de mi alma
Esas flores con que juegas:
Que con tus labios **LAS ROZAS**
Y **LAS MATAS** si las besas.
Desecha vanos temores,
Que como yo no hay quien tenga
Á **GALA PAGAR** tributo
Á tu beldad con ternezas.—
Al ver al Rey tan cautivo,
Abrió los brazos la Reina;
Que **PARA CUELLOS** amantes
Son las mejores cadenas,
Y mirando el Rey adónde
Están las cristianas siervas,
Á una dice: **ANDA LUCÍA**,
Y dí que al punto Alí venga.
No hay poeta más famoso
Para las kásidas tiernas,
Y aseguran que cantándolas
Vale lo que en **ORO PESA**.
Y por eso quiero y mando
Que **ALI CANTE** en mi presencia,
Á ver si mi **ZARA GOZA**
Escuchando sus endechas.»

.....
.....
Y aun cuando el tal romance nos aburría,
Porque no hay quien lo lea que no se aburra,
Hasta el final llegamos..... y todavía
Nos quedaba la firma de..... **MIGUEL TURRA!**

CARLOS LUIS DE CUENCA.



EN CULTURA.
Cuadro de Luis Nono.

LOS TRES ANÓNIMOS



(Cuento.)

I.

No había consuelo para el pobre anciano. Á los setenta y cuatro años de edad, achacoso y débil, le robaban su único apoyo; el nieto que había venido á llenar aquel vacío inmenso que dejaron sus padres.

La ley de quintas, dura, cruel, feroz, como todo tributo de sangre, exceptuaba solamente del servicio militar á los hijos ó nietos de padre ó abuelo sexagenario pobre, á quien mantuvieran con su trabajo. Y á él, á D. Anselmo, su nieto no le mantenía, porque bastábale para esto la renta escasa de sus propiedades rústicas.

No ascendía ningún año, aun siendo las cose-

chas inmejorables, de mil pesetas, lo suficiente para vivir dos personas en un pueblecillo, habitando la casa solariega, pero insuficiente para haber ahorrado la cantidad que la ley exigía por la redención de Julián.

Tanto por no separarse de éste, á quien idolatraba, como por carecer de medios para proporcionársela, no le había dado carrera, y el mozo, criado en los campos, entre los surcos terrosos que se cubrían de doradas espigas, no tenía otra cultura que aquella adquirida en la escuela del pueblo y los conocimientos que en su casa, habiéndole de todo, le había proporcionado su abuelo, hombre de vasta ilustración y talento clarísimo.

Era, pues, Julián un labriego bien educado, pero muy campesino, apegado al terruño y que no concebía la felicidad sino entregado á las faenas agrícolas, que acrecentaban su natural robusto y su salud envidiable.

El muchacho era en lo moral lo que se llama, no sé por qué, *un infeliz*, y un real mozo en lo físico.

Se lo disputaban en romerías, bailes y fiestas las muchachas del pueblo, y bien seguro estaba el abuelito de que no faltarían proporciones para casarle cuando llegara la ocasión.

—Con un canto en los pechos— decía muy orgulloso— se dará la moza más rica por llevarse este pino de oro.

Y así era, en efecto.

Ya se susurraba que la hija de D. Melitón, el más acaudalado del lugar, no escuchaba indiferente, sino roja de vanidad y satisfacción por ser la preferida entre tantas, los chicoleos, ingeniosos á veces y siempre cultos, que el mancebo la dirigía.

II.

El día llegó, tantos años temido por D. Anselmo, aterrador ahora, porque la guerra hacía más peligroso y terrible el servicio de las armas, y Julián, que sólo confiaba para librarse en su buena estrella, sacó el número uno.

En vano procuró tranquilizar á su abuelo y convencerle de que era seguro su regreso y de que ningún peligro cierto le amenazaba; el anciano infeliz veía con terror acercarse la hora trágica de la separación inevitable.

III.

Cuarenta y cuatro años antes, ó sea en el de 1854, contaba D. Anselmo veinticinco de edad, y en el paseo del Prado de Madrid descollaba entre los jóvenes más elegantes y gallardos.

Su padre, rico labrador de Castilla, había querido que su hijo siguiese carrera, y en Valladolid estudió la de leyes, trasladándose después á la corte para cursar el doctorado. La influencia política, pues el padre de Anselmo era factor importante en las elecciones, favoreció al letrado novel, que logró ser pasante del célebre Cortina, honra del foro, entonces en el apogeo de su fama.

Anselmo se enamoró de una señorita de familia modesta, huérfana y pobre, pero dechado de honradez y hermosura. Sus relaciones fueron breves: los novios no encontraron oposición y se casaron pronto. En los círculos madrileños se citó mucho tiempo aquel matrimonio como modelo de fidelidad y de cariño. Una hija vino á aumentar la ventura de los esposos, y su luna de miel seguía siendo interminable, como se la desean los periódicos á todos los recién casados.....

Un día infausto se oscureció aquel cielo sin nubes. Una carta maldita llegó para Anselmo por el correo interior, por entonces creado en Madrid. Era un anónimo escrito con letra seguramente desfigurada, y contenía sólo tres palabras: *Magdalena te engaña.*

Desde que Anselmo fijó sus ojos en aquella línea, que parecía escrita con fuego, dudó..... ¿Por qué? Por lo que dudan los celosos, y él, por desdicha suya, lo era.

¿Quién podía ser el villano que le engañaba? Pasó revista en su imaginación á cuantos hombres conocía y sospechó de todos. Desde entonces se alejó de las reuniones que frecuentaba con su esposa y mostróse con ésta brusco y desabrido, haciéndola infeliz.

Poco después recibió otro anónimo, menos breve que el primero. Decía así:

«Vigila á Magdalena. No basta que la tengas encerrada en casa. Vuelve cuando no te espere y la sorprenderás.»

En vano siguió Anselmo el pérfido consejo: siempre que volvió á casa inopinadamente halló á su esposa sola con su hija, triste, desconsolada siempre por el cambio, para ella inexplicable, de su marido.

La tercera carta que llegó, dos meses después, por el mismo conducto y de letra igual á las anteriores, era más explícita:

«Estás ciego. Tu mujer y su primo, el oficial de Marina, se ven cuando sales de casa. Observa



y sigue los consejos de una persona que te quiere bien y desea evitarte el ridículo.»

—¡Ah! Sí— exclamó Anselmo.—¿Cómo no lo he visto?

Y empezó á pensar, atormentándose cruelmente al recordar detalles nimios, que adquirirían con los celos proporciones aterradoras, coincidencias inadvertidas, preferencias indudables de Magdalena por su primo, con quien se había criado, á quien trataba con intimidad casi fraternal.... Sí; no había duda.

La primera idea de Anselmo fué matar á su esposa, vengar el ultraje sin buscar más pruebas; luego reflexionó, procuró dominarse, fingir, y resolvió sorprender juntos á los culpables, castigar á los dos....

Siempre que salía alquilaba un coche y en él, oculto por las cortinillas, espiaba su casa horas y horas hasta que llegaba aquella en que tenía por costumbre volver. Pasaron días y días sin que el acecho produjese resultado alguno, hasta que una tarde vió, *por fin*, que el supuesto amante de Magdalena entraba en la casa, poco después de salir de ella Anselmo.

Ciego de ira, sin calma ya para llegar á la sorpresa que preparaba, saltó del carruaje y alcanzó al joven en el primer tramo de la escalera.

—¡Canalla! ¡Canalla!—le gritó.

La escena fué horrible, y al siguiente día, en un duelo á muerte, Anselmo cayó gravemente herido.

Cuando se restableció, sin haber consentido ni una sola vez que Magdalena le viese, sin escuchar explicaciones ni atender á ruegos, separóse de la esposa infeliz dejándole su hija, que contaba entonces dos años.

Anselmo no quiso ver á nadie, renunció á la carrera y, avergonzado y medio loco, se retiró á su pueblo. Madrid se le hizo aborrecible con ese odio que inspira á los desventurados el lugar en que han perdido la dicha. Poco después murió Magdalena y Anselmo se llevó la niña consigo.

La desgracia continuó cebándose en él sin tregua ni descanso. Pleitos inesperados, préstamos ruinosos redujeron rápidamente su patrimonio, del cual no le quedó sino lo necesario para vivir con estrechez. En esta situación casó su hija, que ya tenía veinticinco años, con un labrador pobre también, y de ese matrimonio nació Julián, que costó la vida á su madre.

Quedó, pues, Anselmo en el mundo sin más familia que aquel nieto, en quien reconcentró todo su cariño.

IV.

Pocos meses contaba, cuando su abuelo recibió, procedente de Madrid, la siguiente carta:



«Sr. D. Anselmo del Campo.

»Mny señor mío: Mi condición de sacerdote me impide revelar á usted el nombre de una persona que en trance de muerte, para descargo de su conciencia, me ha revelado en confesión un horrible secreto.

»Veinte años hace que, movido por el funesto impulso de la envidia, escribí á usted tres cartas, ocultándose con el anónimo.

»Contenían una calumniosa afirmación referente á su esposa de usted, que ignoro si vive todavía. Sé por el arrepentido que se separó usted de ella, seguro de su infidelidad. Para honra suya y satisfacción de usted, y en justa reivindicación del nombre de ambos, escribo estas líneas.

»Si la inocente esposa de usted ha muerto ya, sin poder sincerarse, Dios habrá premiado su virtud y su martirio, como también, con su misericordia infinita, habrá acogido el alma del penitente, causa de tanta desventura.

»Concédale usted su perdón y ruegue por él. De usted atento, seguro servidor y capellán, que b. s. m.,—*Vicente Ferrer de la Concepción.*»

Aquella noche D. Anselmo rezó por Magdalena.... y por su infame calumniador. Al siguiente día marchó á Madrid, y ante el sepulcro que guardaba los restos de su esposa lloró tanto, tanto, que sus lágrimas borraron casi aquel horrible remordimiento despertado en el alma del esposo cruel por la inesperada revelación.

Cuando volvió al pueblo leyó á todos cuantos conocía las cartas anónimas y la del sacerdote, guardándolas luego como sagradas reliquias, documentos fehacientes de la honradez inmaculada de su esposa. Aquella sería acaso la única herencia que pudiese dejar á su nieto.

V.

Los años transcurrieron, y llegó aquel en que Julián cayó soldado.

Hallábase D. Anselmo, llorando como siempre, un día ya muy cercano á la partida del mozo, que debía marchar á la capital de su provincia para ingresar en caja, cuando se le presentó un señor bien portado y de mediana edad, con una tarjeta en que el alcalde del pueblo se lo recomendaba para que le atendiese.

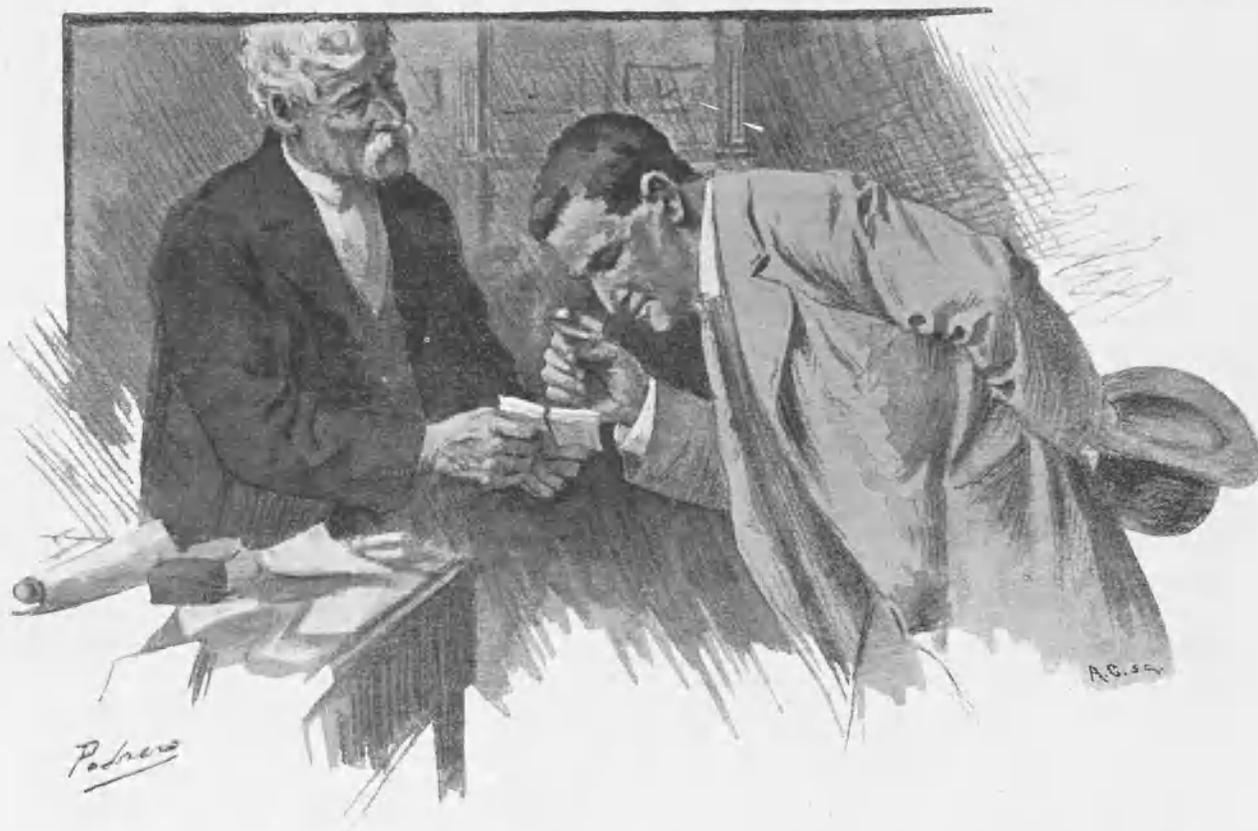
que se considera trasto inservible es un objeto de gran valor artístico. Por muebles que sus dueños sólo estimaban como recuerdos de familia, he pagado gruesas cantidades.

—No tendré yo esa suerte—añadió D. Anselmo;—pero, en fin, vea usted mi ajuar, por si algo le conviene. Aunque poco versado en estas cosas, creo que lo mejor que poseo es un escritorio del siglo pasado.....

—Veámoslo.

El mueble, muy viejo y casi desvencijado, era de caoba bruñida, con algunos adornos de bronce.

—Efectivamente—dijo el chamarilero—vale



—¿Qué desea usted y en qué puedo servirle?—preguntó D. Anselmo.

—Yo me dedico á la compra y venta de muebles antiguos y recorro los pueblos en busca de objetos que me convengan. Si usted tiene alguno y quiere deshacerse de él, puede enseñármelo.

—Como usted ve—contestó D. Anselmo—el mobiliario de mi casa es modestísimo y nada vale.

—Sin embargo, enséñemelo usted. Á veces lo

poco, y restaurarlo costará bastante. Le doy á usted por él 15 duros.

Meditó un instante D. Anselmo; comprendió que cuando le ofrecía aquella cantidad bien podría sacarle más, y ya decidido á vender el trasto, entró en regateos y logró al fin que le diese por él 150 pesetas.

—Con este dinero, que daré á mi Julián—pensaba el abuelo,—no tendrá el pobrecillo que comer rancho en algún tiempo.

Animado por el éxito feliz de aquel inesperado

negocio, enseñó al tratante el resto del mobiliario; pero no halló en él cosa que le conviniera.

Para llevarse el mueble, con otros que había comprado en distintas casas, procedióse á desocuparlo. Guardaba en él D. Anselmo sus escasísimos ahorros, lo que á fuerza de privaciones conservaba para caso de enfermedad, algunas alhajas de poco valor, documentos de interés, papeles de familia, y en el cajoncito más profundo las tres cartas anónimas y la del cura, atadas con una cinta negra.

Cuando dejó sobre la mesa el paquete que juntas componían, el chamarilero, que estaba sentado, fijó en ellas su atención casualmente, y exclamó al ver el sobrescrito de la primera:

—¡Caramba! ¿Qué cartas son éstas?

—¿Y á usted qué le importa?—dijo con brusquedad D. Anselmo, recogíendolas violentamente.

—Dispense usted mi indiscreción—repuso el tratante;—pero he reparado sin querer en el sello y.... ¿Usted no entiende de *filatelia*?

—Ni sé lo que es—respondió don Anselmo mal humorado, creyendo que se trataba de alguna broma inoportuna,—ni me importa.

—¿No ha oído usted nunca hablar de colecciones de sellos que valen cantidades fabulosas?

—Algo he oído de eso.... Pero éstos son viejos y usados.

—No importa: ¿me permite usted ver ese de la carta que está encima?

—Mírelo usted—dijo el anciano sin soltar el paquete.

El chamarilero sacó del bolsillo una lente de aumento, examinó el sello, y dijo:

—Vaya, le doy á usted 400 pesetas.

—Está usted loco, sin duda, ó ha creído que yo soy tonto de capirote, ó quiere burlarse de mí, lo cual no estoy dispuesto á tolerarle.

—Repito á usted que cuantos sellos iguales á ese tenga usted, los compro á 400 pesetas.

Don Anselmo se quedó asombrado al convenirse de la formalidad con que le hablaba.

—¿Todos? ¿De veras?

—Si no son muchos.. ..

—Tres, tengo tres iguales; véalos usted—dijo ya alterado y convulso, deshaciendo el paquete.

—Iguales son—dijo el tratante después de examinarlos como el primero: *correo interior de Madrid, año 1854.*

Sacó después de una cartera 1.200 pesetas en billetes de Banco, y añadió:

—Aquí está lo ofrecido, si quiere usted vendérmelos.

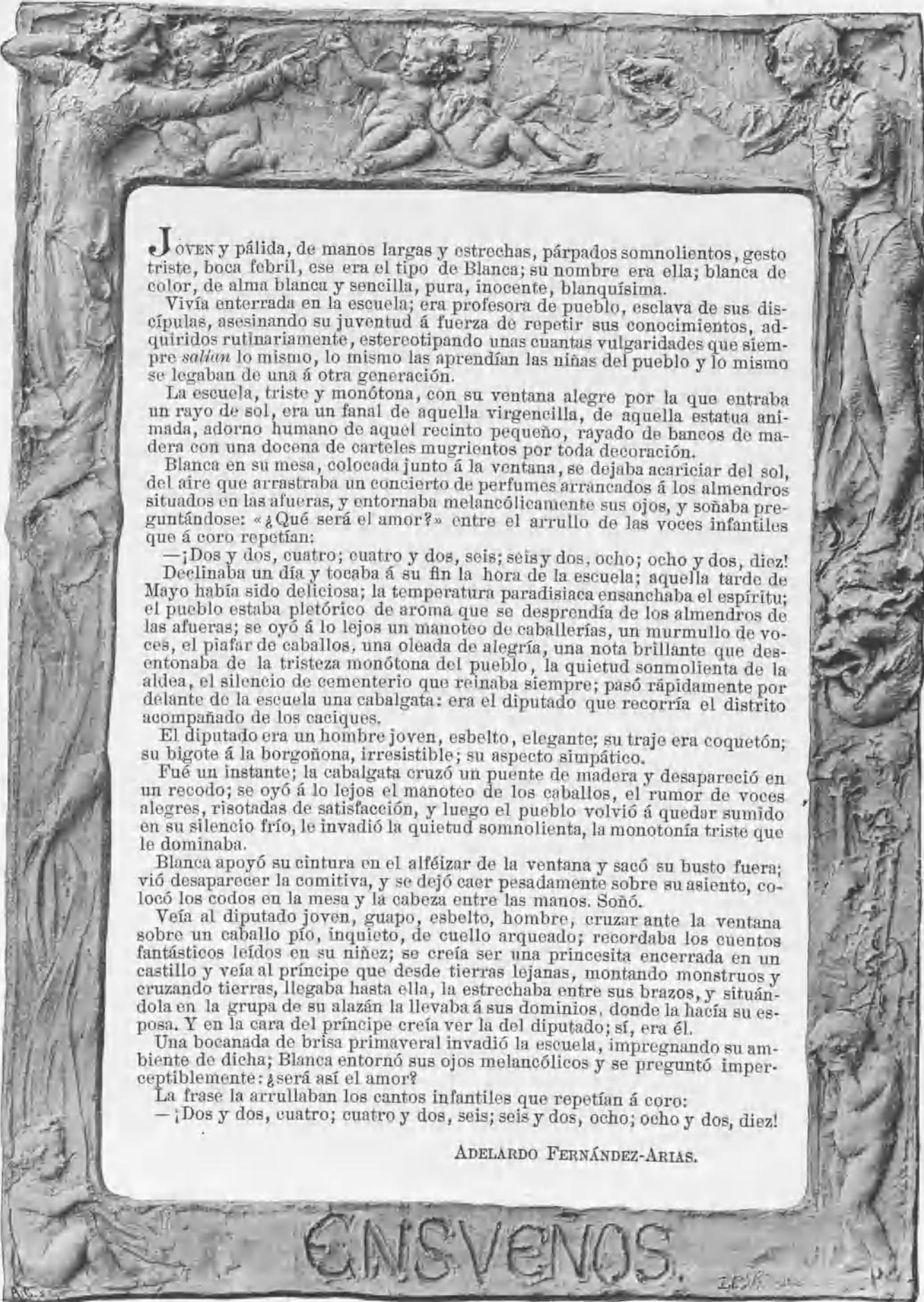
D. Anselmo abrió desmesuradamente los ojos, dió un grito y cayó sin sentido, exclamando:

—¡Mi Julián! ¡Mi Julián libre! ¡Bendito sea Dios!

Y libre se vió el mozo y dichoso el abuelo. Aquellas tres cartas malditas que tanto daño habían hecho, devolvieron la tranquilidad y la ventura á quien creyó haberlas perdido para siempre.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.





JOVEN y pálida, de manos largas y estrechas, párpados somnolientos, gesto triste, boca febril, ese era el tipo de Blanca; su nombre era ella; blanca de color, de alma blanca y sencilla, pura, inocente, blanquísima.

Vivía enterrada en la escuela; era profesora de pueblo, esclava de sus discípulas, asesinando su juventud á fuerza de repetir sus conocimientos, adquiridos rutinariamente, estereotipando unas cuantas vulgaridades que siempre *salían* lo mismo, lo mismo las aprendían las niñas del pueblo y lo mismo se legaban de una á otra generación.

La escuela, triste y monótona, con su ventana alegre por la que entraba un rayo de sol, era un fanal de aquella virgencilla, de aquella estatua animada, adorno humano de aquel recinto pequeño, rayado de bancos de madera con una docena de carteles mugrientos por toda decoración.

Blanca en su mesa, colocada junto á la ventana, se dejaba acariciar del sol, del aire que arrastraba un concierto de perfumes arrancados á los almendros situados en las afueras, y entornaba melancólicamente sus ojos, y soñaba preguntándose: «¿Qué será el amor?» entre el arrullo de las voces infantiles que á coro repetían:

— ¡Dos y dos, cuatro; cuatro y dos, seis; seis y dos, ocho; ocho y dos, diez!

Declinaba un día y tocaba á su fin la hora de la escuela; aquella tarde de Mayo había sido deliciosa; la temperatura paradisiaca ensanchaba el espíritu; el pueblo estaba pletórico de aroma que se desprendía de los almendros de las afueras; se oyó á lo lejos un manoteo de caballerías, un murmullo de voces, el piafar de caballos, una oleada de alegría, una nota brillante que desentonaba de la tristeza monótona del pueblo, la quietud somnolienta de la aldea, el silencio de cementerio que reinaba siempre; pasó rápidamente por delante de la escuela una cabalgata: era el diputado que recorría el distrito acompañado de los caciques.

El diputado era un hombre joven, esbelto, elegante; su traje era coquetón; su bigote á la borgoñona, irresistible; su aspecto simpático.

Fué un instante; la cabalgata cruzó un puente de madera y desapareció en un recodo; se oyó á lo lejos el manoteo de los caballos, el rumor de voces alegres, risotadas de satisfacción, y luego el pueblo volvió á quedar sumido en su silencio frío, le invadió la quietud somnolienta, la monotonía triste que le dominaba.

Blanca apoyó su cintura en el alféizar de la ventana y sacó su busto fuera; vió desaparecer la comitiva, y se dejó caer pesadamente sobre su asiento, colocó los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. Soñó.

Veía al diputado joven, guapo, esbelto, hombre, cruzar ante la ventana sobre un caballo pío, inquieto, de cuello arqueado; recordaba los cuentos fantásticos leídos en su niñez; se creía ser una princesita encerrada en un castillo y veía al príncipe que desde tierras lejanas, montando monstruos y cruzando tierras, llegaba hasta ella, la estrechaba entre sus brazos, y situándola en la grupa de su alazán la llevaba á sus dominios, donde la hacía su esposa. Y en la cara del príncipe creía ver la del diputado; sí, era él.

Una bocanada de brisa primaveral invadió la escuela, impregnando su ambiente de dicha; Blanca entornó sus ojos melancólicos y se preguntó imperceptiblemente: ¿será así el amor?

La frase la arrullaban los cantos infantiles que repetían á coro:

— ¡Dos y dos, cuatro; cuatro y dos, seis; seis y dos, ocho; ocho y dos, diez!

ADELARDO FERNÁNDEZ-ARIAS.

ENS VENOS.



EN PELIGRO.

Cuadro de Held.



El gastrónomo címbel.

—♦♦♦—
CUENTO.

I.

Los docenas de adeptos fidelísimos bajamos á la estación de Atocha á despedir á nuestro ilustre jefe, que, día arriba, día abajo, todos los años por el Carmen sale para sus posesiones de Barbadillo, acompañado de dos admiradores de casa y boca, estrellas de esa *claque* á domicilio que es para algunos personajes elemento de vida imprescindible.

Llegó el hombre insigne al andén, y todos, uno por uno, fuimos honrados con el simbólico apretón de manos que ratifica la comunión política; verdadero *in hoc signo vinces* con que se nos promete la bienaventuranza de la *Gaceta*: y consumada, al removerse el tren, la ovación *sombreromóvil*, entre vivas, adioses y palmadas, quedábanos aún, á los secnaces de segunda fila, el deber menos grato, pero asimismo ineludible, de acompañar hasta el estribo de sus coches á los dos ó tres *ministrables* del partido, que se cobraban en altivez para nosotros la sumisión servil que ante el padre común de los fieles, todos, sin excepción, manifestaban.

Y aun hubo correligionarios de *tercera* (presuntos vigilantes, inspectores de la higiene, electoreros, manifestantes, conserjes de círculo, etc.) que, á su vez, nos rindieron pleito homenaje, ofreciéndose á la busca y captura de nuestras *manuelas* respectivas. Pero, por una singular coincidencia de ideas y de bolsillo, Salces, Górriz, Téllez, Manterola, Orive, Caminero y yo resolvimos volver *pedibus andando* por las gratas umbrías del Botánico y los amplios andenes del Prado y Recoletos.

Hicimos alto en el Prado, que es obligada sucursal veraniega del Salón de conferencias para los contumaces abonados del moderno mentidero, y allí, comentando las últimas palabras del jefe, saboreamos lo más sustancioso de ellas, las esperanzas de poder, confite sugestivo con que aplaca y endulza nuestras bocas el hombre público cuya órbita seguimos, sobre todo en las despedidas estivales, que son eterno desposorio de unas bodas de otoño que nunca llegan.

El calor trajo la sed; ésta indujo á la cerveza y al anís; y sentados en los escaños..... de un aguaducho, preparamos el estómago para mayores empresas. Pero con tal eficacia que, al levantarnos, parecíamos sensible disolvernó, ya que con tan fausto motivo estábamos juntos; y de esta consideración nació la idea de comer aquella noche en compañía.

Sin discusión fué aprobado el dictamen; pero al escoger el *lugar de la ocurrencia* hubo tantos votos particulares como individuos de la *comisión*. Salces, consecuente parroquiano del *Oriental*, ensalzó su cocina y su servicio; Górriz, apologista de *Levante*, predicó en elogio de los bíftecs insuperables, San Gotardos de solomillo que levantan sus tostadas crestas entre altas cordilleras de patatas; Téllez habló del *Colonial*, que, según él; *viene pegando*; Manterola prefiere los manjares *assortis* de un cubierto, por modesto que sea; proponiendo en terna el *Buffet* y los cafés de París y Francia; Orive, *con segunda*, vota por la Bombilla; Caminero, ya en la pendiente de rebajar, habla de casa de *la Concha* ó *el Montañés*: suenan con protesta unánime los nombres de Fornos, Roma y el Inglés, que no están en la zona de tiro para los que comen el pan de la oposición; y de estas disputas surgió la disidencia, entró el desaliento en las filas gastronómicas, separándose del grupo Manterola, Orive, Caminero y Salces, para ir, arrepentidos de su tentación insana, á echarse en brazos del puchero cotidiano; mientras Téllez, Górriz y yo, que *no tenemos más que una palabra.....* (golfos), perseveramos en el mal, y resolvimos, fuese como fuese, comer juntos aquella noche.

Por eso, y por habernos juntado los menos pudientes, transigí (contra mis gustos decididos por un buen plato verdad y un buen vaso de vino) con la idea de Górriz, de probar el misterioso y fantás-



tico cubierto del *Restaurant de San Andrés*, donde dan, en francés y todo, sopa, cuatro platos, tres postres, entremeses, helado, y..... cólico por dos pesetas.

—Un día es un día—dijo Téllez.

—No nos moriremos, y sabremos una cosa más—añadió Górriz.

—¡Por mí...., no hay inconveniente!—dije resignado.

—¡Pues vamos!—dijeron ellos.

Y fuimos al *Restaurant de San Andrés*.

II.

Los mozos, que, si lo son de raza, tienen, como los intérpretes en los puertos, el dón de adivinar el idioma y la personalidad del parroquiano, se calaron que éramos *gente gorda* y que habíamos *comido en buenos... pañales*; por lo cual extremaron sus atenciones, haciéndonos el honor de preguntarnos *qué vinos* íbamos á tomar.

—Queremos—les dijimos con arrogante sencillez—probar el cubierto *integral*.

Y como íbamos con los *chaquets* de cristianar y las chisteras de gala, el mismo dueño creyóse obligado á darnos trato de nación más favorecida, proponiéndonos que ocupáramos la mesita de junto al balcón. Á lo cual, como si cada uno fuera majestuoso Lohengrín que de remotas tierras, en encantado cisne, hubiera.... *atracado* (¡ojalá!) en el *Restaurant de San Andrés*, repetimos la nota oficiosa de nuestra curiosidad por conocer el cubierto inverisímil. Y el amo, no menos digno, juró ó prometió no hacer ninguna excepción por nosotros, seguro de que saldríamos satisfechos.

—Porque, sin despreciar á los señores, aquí viene muy buena gente, títulos y todo, ¡y periodistas!.... Sin ir más lejos, allí tienen ustedes aquel señor grueso, que almuerza y come aquí hace catorce años.

Y al designarle, reconocimos con asombro al gran Morcillo, uno de los gastrónomos de más cartel en Madrid y *amateur* culinario de autoridad reconocida.

Era un texto vivo que hablaba muy alto en favor del restaurant, y su presencia nos predispuso *en favor* del cubierto ultraeconómico.

Pero.... llegó ¡ay! el *consommé printanier*, una infusión de perejil con algunos guisantes de segunda intención: apasalmonetes *grillés* que cordaban los lindos y carlata que hicieron las fancias en el estanque marcha luego un *roast* con puré de..... encua por último, el anda más berros que molas; Morcillo, viendo en él que todos los que en



hiente que dejaba atrás
resistiendo catorce años aquel cubierto más temible que Aquiles y Diomedes.
recieron luego unos
eran pura grilla, y re-
joviales pececillos es-
delicias de nuestra in-
del Retiro: rompió
beef de carnero padre
dernador; cerró plaza,
miaje de un pollo, con
y mirábamos absortos á
un héroe, más héroe
salza Carlyle, un va-
á los épicos troyanos,

—Pues él bien gordo está—observó Górriz.

—Hay que creer en milagros—exclamó Téllez.

Porque todo, aparte la confección bufa, pertenecía al *género chico*: filetes en miniatura, peces de menor cuantía, milésima dilución de una sopa inicial que debió hacerse al inaugurarse el establecimiento.... ¡aves irrompibles, queso de *portland*!

¡Y pensar que las dos pesetas eran buenas! ¿Para cuándo guarda Dios las monedas falsas?

Pero aún nos quedaba otra sorpresa: al bajar, encontramos en la escalera á Gualterio López, que iba ¡á comer!

—*Tu quoque.....!*—le dijimos asombrados.

—Vengo á lo que vengo: es una *combina* que me traigo; ó, para hablar más claro, vengo *por mor* de una mujer.

Y entonces iracundos agotamos el repertorio de nuestra indignación contra el *menu* protervo, insistiendo en admirar á Morcillo, que, habiéndose sentado en las mesas de Montijo, Salamanca y Bäuer, podía tolerar aquel cubierto.

—¡Ta, ta, ta!—dijo Gualterio.—Eso es harina de otro costal. Á la fuerza ahorcan. ¡Para lo que le cuesta! No tiene una peseta ni de donde le venga; es amigo del dueño, y le fía ó regala la comida, no precisamente catorce años, pero hace mucho tiempo. Le sirve de reclamo; no pisa una persona *decentemente vestida* el restaurant, sin que el amo ó los mozos cuenten la leyenda de los catorce años. Y como tiene fama de *gourmet* y de *gourmand* y se le ve tan gordo y sano.....

—Eso es lo chocante.

—Sí que lo es; pero trae gente, es un buen cimbel.

—Un gancho gastronómico.

—¡En fin! Vivir para ver.

—Y para no volver—dije, despidiéndome de Gualterio.

III.

Pocas semanas después, en pleno día, con un calor inaguantable, recorrí medio Madrid, desde la plaza del Progreso á la calle de Gravina, de allí á Lagasca y de Lagasca á Campomanes, buscando á un sobrino mío (escapado de su casa de Vitoria), cuya captura me fué encomendada por sus padres.

Siguiendo instrucciones de mi pariente, visité á varios amigos que podían darme señas del mozallete, y, por último, en la Concepción Jerónima pude ya coger una pista, y averiguar que el chico almorzaba y comía en el *Restaurant de San Leandro*.

Y allá me fui, con ganas de pillar al mocito calavera, y no menos ganas de comer.

Á la puerta retrocedí espantado.

El *Restaurant de San Leandro* era otro ¡ay! de dos pesetas.

Víctima del deber, subí resuelto á afrontar el cubierto con todas sus consecuencias; di las señas del chico; me dijeron «no ha venido aún», y pedí la lista y el almuerzo.

Segunda vez que iba á engullir una *lista grande* de platos chicos; y el azar, ese inimitable folletista, me pone de nuevo enfrente del gran Morcillo, que, siempre exuberante y rollizo, devoraba un almuerzo de seis reales.

Cambiamos cortés saludo, y, gracias al apetito, di cuenta en un periquete del boceto de tortilla, las manos rebozadas y el biftec (destinado por su tamaño á un guardapelo), que constituían el cubierto del día, sin que apareciese el truhán de mi sobrino.

—Pero ¿viene todos los días?

—Sin faltar uno—me dijo el mozo.—Pregúnteselo el señor, si quiere, á aquel caballero, que, por cierto, es parroquiano nuestro hace doce años, y le dirá lo mismo. Han comido juntos algunas veces.

Esta noticia me dió pie para acercarme á Morcillo, y poniéndole en autos de mi pesada comisión, le pedí noticias del muchacho.

—No sé más sino que viene aquí todos los días. Una vez que hubo falta de sitio para el público, nos pusieron juntos en una mesa, y no sé más.

—Y dígame usted—exclamé soltando una pregunta que me bailaba en la lengua desde que saludé á Morcillo.—¿Cómo usted por aquí? ¿No era usted consecuentísimo parroquiano del *Restaurant de San Andrés*?

—Y lo soy.

— ¡Ah! ¡Vamos! Almuerza usted aquí y come allá.

— No señor; no es eso.

Y después de un silencio embarazoso para los dos, dijo:

— Mire usted, con franqueza: el dueño de este establecimiento es un antiguo camarero que me sirvió en *La Perla*, *El Diván* y *El Veloz*; le di á ganar mucho en mis buenos tiempos, y me corresponde haciéndome algunas concesiones..... hoy que atravieso una situación difícil.....

— Pero ese trato le serviría más en el otro restaurant donde va usted todos los días.

— Es que el dueño del *Restaurant de San Andrés* me sirvió en *Los Cisnes* y en *Rusia*, y también me guarda consideraciones especiales.....

— ¡Comprendido! Y alterna usted.....

— ¡Ca! ¡Hombre! ¡Alternar! ¿Hay que decirlo todo?..... En concluyendo aquí me voy allá y..... ¡hay una continuación!.....

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.



LA VIRGEN Y EL NIÑO.

Cuadro de Correggio.



ESPERA SENTADO

CUENTO.

ERA Santiago Campillo un labrador castellano de poca sal en la mollera, genio y trato apacibles, fe sencilla, especial devoto de San Isidro, y tan de suyo perezoso y aficionado á la lotería, que en su lugar dieron en llamarle y conocerle por el apodo de *Espera Sentado*.

Cada vez que cargaba con la azada, asía la laya, empuñaba la hoz ó conducía el arado, se le venían á las mientes aquellos benditos tiempos en que los ángeles descendían del cielo y se entregaban á las rudas faenas agrícolas para que el Santo patrón de Madrid pudiera consagrarse á todo su sabor á la oración, sin menoscabo del propio deber ni de la hacienda ajena.

Y cuando el trabajo le abrumaba—que era casi siempre—pedía de todo corazón á San Isidro que hiciera un milagro, mandando en su favor y ayuda á los celestiales labradores de antaño.

Es, pues, de saber que tanto rogó, insistió y porfió nuestro hombre, que estando un día rozando un erial, con el propósito de roturarlo, se le apareció aquel siervo del Señor rodeado de un coro de ángeles, y le ofreció otorgarle lo que ahincadamente suplicaba, interponiendo su intercesión y favor con Su Majestad Divina.

—Píde lo que quieras — dijo el Santo, — que hasta quiero apagar tus deseos de las cosas vanas.

—¡Que vea roturado este erial— contestó Campillo;— no he menester más!

Y los ángeles, tomando los picos, layas y azadones, comenzaron á cavar, desterronar y terraplenar el erial, y limpiándolo de matorrales y carrascas de que mucho abundaba, separaron la leña gruesa destinada al carboneo, prendieron fuego á las ramas secas extendidas por el suelo, beneficiaron éste con los mejores abonos, uncieron los bue-

yes al arado, con él abrieron profundos surcos, y, finalmente, dejaron convertida la dehesa en tierra superior de pan llevar: todo por obra y arte sobrenaturales, en un abrir y cerrar de ojos.

Espera Sentado contemplaba con asombro su heredad, y no se hartaba de dar gracias al Santo por la merced recibida; pero de pronto quedó pensativo, se rascó la mejilla, y al cabo de breve pausa, exclamó:

— ¡No puede darse campo mejor preparado! ¿pero y el agua?

Y llovió á cántaros.

— ¡Basta ya—repuso el labriego;—no vayan á encharcarse las tierras!

Y se disiparon las nubes.

— ¿Ahora quién siembra? Es mucho campo para un hombre solo.

Entonces los ángeles arrojaron la semilla sobre la tierra fertilizada.

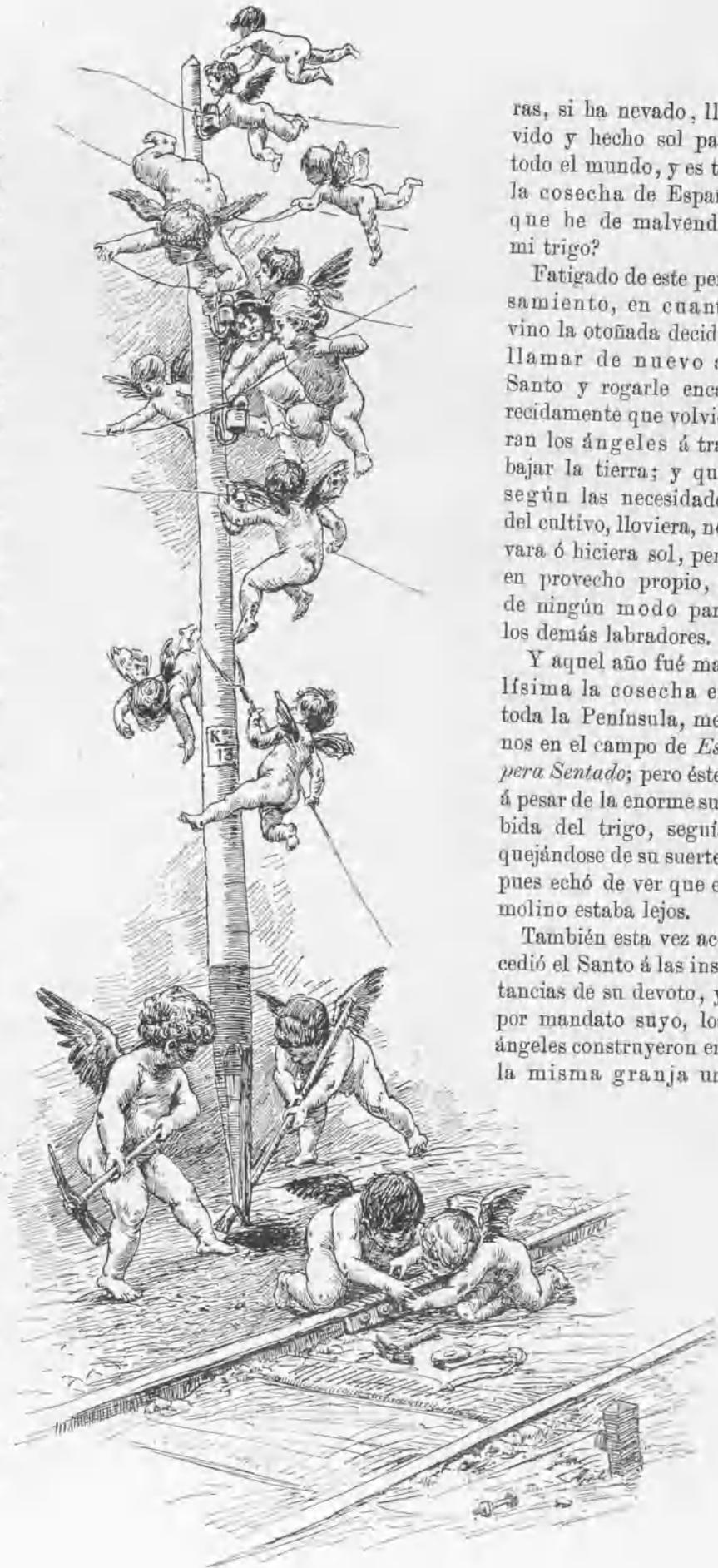
— ¡Las nieves arraigarían el grano!

Y tanta fué la nieve que cayó sobre la comarca, que ésta parecía inmenso ventisquero.

A su tiempo y sazón obtuvo Santiago sol y lluvia, y no cesó de pedir hasta que, gracias al trabajo de los ángeles, vió colmados sus trojes de trigo candéal.

No estaba, sin embargo, satisfecho: cuanto más alcanzaba, más sentía el acicate de la codicia.

— ¿De qué me sirve—decía para sí— tanta bendición de Dios en mis pané-



ras, si ha nevado, llovido y hecho sol para todo el mundo, y es tal la cosecha de España que he de malvender mi trigo?

Fatigado de este pensamiento, en cuanto vino la otoñada decidió llamar de nuevo al Santo y rogarle encarecidamente que volvieran los ángeles á trabajar la tierra; y que, según las necesidades del cultivo, lloviera, nevada ó hiciera sol, pero en provecho propio, y de ningún modo para los demás labradores.

Y aquel año fué malísima la cosecha en toda la Península, menos en el campo de *Espera Sentado*; pero éste, á pesar de la enorme subida del trigo, seguía quejándose de su suerte, pues echó de ver que el molino estaba lejos.

También esta vez accedió el Santo á las instancias de su devoto, y por mandato suyo, los ángeles construyeron en la misma granja un



molino harinero, aprovechando, por medio de cable eléctrico, la fuerza motriz de un río caudaloso.

Molido el trigo, el perpetuo postulante advirtió que faltaba un ferrocarril para dar fácil salida á la harina.

Entonces apareció una legión de ángeles, los cuales, provistos de teodolitos, taquímetros, niveles, jalones, cadenas, cintas, eclímetros, miras, banderolas, picos, palas, azadones, barrenas, paletas, palancas, martillos, clavos, tornillos, bridas, traviesas, carriles, y, en fin, disponiendo de todo el material fijo y móvil, en menos de cinco minutos realizaron el trazado, replanteo y construcción de una vía férrea, y la dejaron corriente para el tráfico.

Gracias á la baratura y rapidez de los transportes, se abrieron nuevos mercados; y aunque eran muchos los pedidos, nuestro labrador rehusaba vender su mercancía si no le pagaban en oro, en vista de la depreciación de los billetes de Banco, y acudió de nuevo á su celestial abogado para que hiciera el mayor de los milagros.

—¡Oro en España!— exclamó el Santo.—¿Sabes lo que pides? ¿Crear de la nada?.... Te he ofrecido, empero, hasta apagar tus deseos de las cosas vanas, y con el benéplácito del Altísimo te otorgo más de lo que solicitas.

Dijo, y la harina abarrotada en los almacenes se convirtió en oro en polvo.

Campillo dió un grito de alegría; mas al contemplar tantas riquezas juntas en pilas de sacos que llegaban al techo, comenzó á temblar como un azogado de temor á los ladrones.

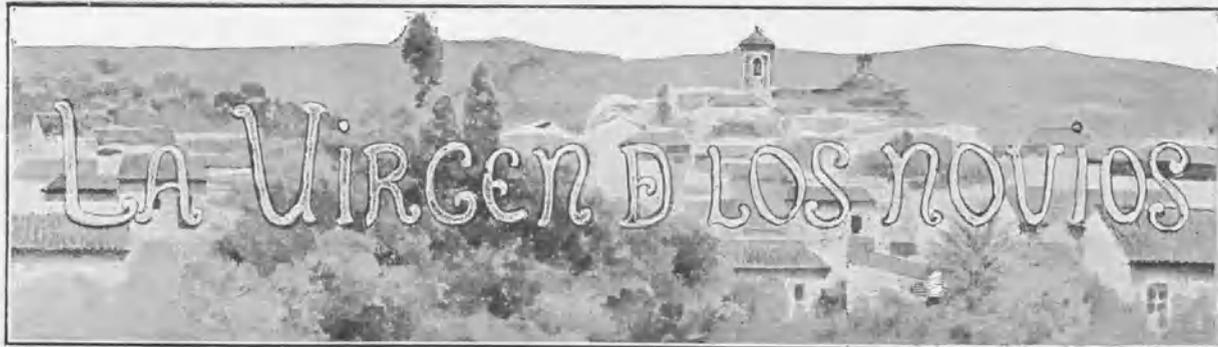
—¡Socórreme, Santo mío!—murmuró.—¡Ven en mi ayuda! ¡Am párame en este terrible trance! ¡Por última vez imploro tu clemencia! ¡Defiende mi bien!

Desde aquel día, *Espera Sentado* vió siempre junto á sí un ángel que le guardaba á él, y no al tesoro.

Y dominado por aquella sed insaciable de poscer sin trabajar, la cual se avivaba con el logro de la posesión, que era su mayor castigo, presa de sórdida avaricia pedía en vano á San Isidro que le diera alas como las del ángel custodio, no para remontarse á la altura, sino para alivio de los pies y ahorrarse las alpargatas.

NILO MARÍA FABRA.





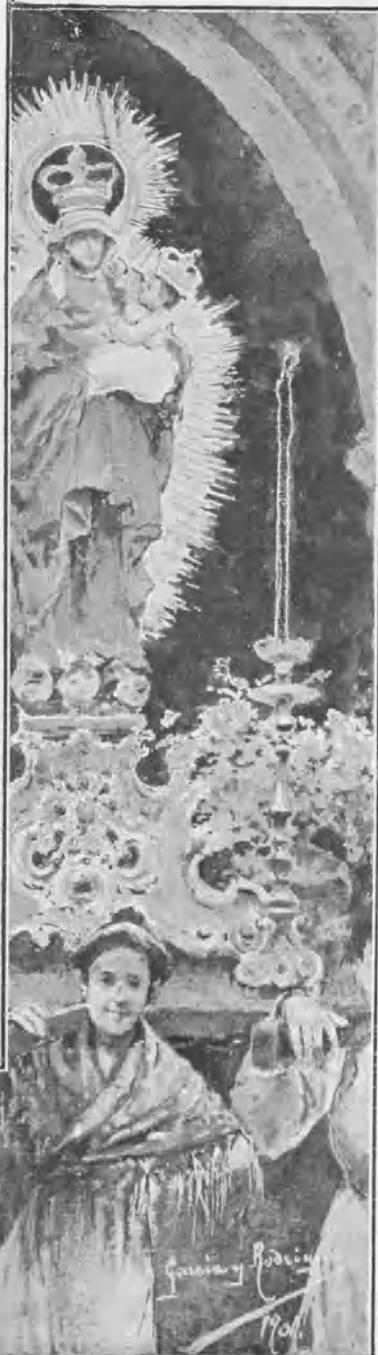
LA VIRGEN DE LOS NOVIOS



MARÍA y Pedro, que se querían mucho, eran vecinos; juntos se habían criado, y juntos jugaron de chichelos. Crecieron y siguieron queriéndose, aún más que antes; pero con cierta diferencia: ella se había enterado perfectamente de cuándo comenzó á apuntarle el bigote á Perico; de que se hacía un real mozo; del tiempo en que, con otros compañeros, se fué por la primera vez de ronda; de las horas á que entraba y salía de su casa; y por su mal, también estaba al cabo de la calle de que al presente pasaba largos ratos en la reja de Nica, arrancando á puñados cañones á la pava. El, en tanto, no se dió cuenta de la transformación que en ella se operaba: ni vió que ya Marucha iba barriendo con las sayas el suelo; ni reparó que sus mejillas se volvían amapolas cuando él bromeaba con ella; ni que la trenza se trocaba en moño y la chica en mujer; ni que se hacía muy guapa: para Pedro era siempre la Maricuela con quien había jugado, y nada más.

*
*
*

Mucho sol, mucha luz, mucha alegría; no hay una casa donde quede un



viviente, pues todo el pueblo, engalanado con los trapitos de cristianar, está en la calle: las viejas, según categorías, de mantillón de blonda ó pañuelo de seda á la cabeza; las jóvenes, con ella al aire, lucen clásico moño de picaporte y redondos rizos en forma de rodete sobre las sienes; los viejos con larga capa de recio paño pardo, que casi les arrastra, y cuidado que Junio está llegando y el calor pica como si ya se fuera; los mozos de airoso calañés y faja de colores, sin que haya uno á quien le falte su indispensable puro en la boca, por supuesto apagado para que dure todo el día, ni moza que no ostente una rosa en el pelo.

Arriba un cielo muy azul; la tierra abajo, recién despierta del sueño del invierno por los besos de Mayo; entre el cielo y la tierra la primavera riendo á carcajadas y derramando á raudales por los campos azucenas, claveles, rosas y jazmines.

Todo tenía aquella tarde aire de fiesta en el menudo lugarejo que, en un rincón del mundo, se encampana en lo alto de la sierra por mirarse tan arriba, y para no caer por la ladera abajo se agarra á los pinares y se agazapa en el regazo de un collado. A un lado de la plaza, rasgneos de vihuelas, de las que cuelgan en cascadas las cintas de colores, batir de castañuelas, vivas, olés, baile y chicoleos; á la otra parte, suspira ó ronca el órgano, vibrando en las naves del templo, saliendo sus acordes al aire libre por la amplia puerta, abierta de par en par; delante de ésta, en lo alto de las gradas del atrio, rodeada de luces y de flores, y entre nubes de incienso, *La Virgen de los Novios*, esperando que las mozas del pueblo lleguen para pasearla en procesión.

Del tabladillo donde se alza la imagen, que ocho doncellas han de llevar en hombros, salen otras tantas varas; serán adjudicadas á las muchachas que las ganen «á quién dé más», en la reñida puja que preside el Alcalde. Los rendimientos de ella son el regalo de la Virgen á la primera moza pobre que en el año se case; y juran las del pueblo con fe sencilla y piadosa convicción, que toda la que logra alcanzar una vara se casa de seguro con el hombre á quien quiere.

Se han rematado siete varas y sólo queda una.

No disputó María las primeras, por ser cosa sabida que se las llevan las ricachonas del lugar; pero desde la sexta, listos para la lucha sus ahorrillos de un año entero, entró en la liza, pues ya las contrincantes que quedaban venían á ser todas de una fuerza. No bastaron las suyas para ga-

nar aquélla, ni la séptima; pero al pujar la última iba empezando á tener esperanzas, pues las mozas que en la contienda le hacían frente, una en pos de otra le cedían el campo.

—Cuatro duros y un *rial* da Pepa—gritó el Alcalde.

—Cuatro y dos *riales*.

—Cuatro y una peseta.

—Noventa *riales*.

—Noventa *riales* da Marucha. ¿Quién da más?

Tras breve rato de silencio, repitió el presidente de la puja:

—Noventa *riales*..... ¿No hay quien dé más?

Noventa *riales*: á la una.....

En esto Nica, que llega retrasada y hecha un brazo de mar, entra en la plaza y en el corro, y se abre paso hasta llegar á la primera fila.

—Noventa *riales*; á las dos.....

—Cinco duros—grita la recién llegada.

—Cinco duros y medio—contesta María palideciendo al ver á su enemiga, y apretando temblando el pañolillo que contiene sus escasos ahorros.

—Diez duros—chilla Nica lanzando á la muchacha una mirada de desprecio, como asombrada de que tal pobretona se atreva á competir con ella.

¡Diez duros! Ni con mucho llegaban á ellos los ahorros atesorados poco á poco por María, puestos el corazón y el pensamiento en la idea de alcanzar una vara para que la Virgen le conceda el amor de Perico.

Cuando oyó aquella oferta, le pareció que el mundo se le venía encima, oprimiéndole el pecho, y vió entoldarse el sol tras el velo de lágrimas que anublaba sus ojos. Ya se lo había figurado ella en cuanto vió que Nica asomaba en la plaza: el tío Tocho, su padre, estaba podrido en onzas de oro, según decía la gente.

Y la rival afortunada llevó la Virgen, y también se llevó detrás á Pedro.

—¡Ingrato!—pensó Marucha. Ni á hablarla se había acercado: ni se acordó siquiera que aquel día celebraba su santo; y ahogada por la pena, rompió á llorar, yendo á esconderse donde nadie la viera.

* *

Caía la tarde. Sentada á la puerta de su casa y sumida en tristes pensamientos, no reparó María que Pedro se acercaba.

— Güenas tardes, Marucha; que por muchos años los tengas mu felices.

— Pa la hora que talcuerdas de dármelos.

— Vine endenantes y no estabas..... Pero, chica, ¿estás enfadá?..... Alza la cara, mujer.

Hízolo así María; y al contemplan sus ojos, secos ya, pero encendidos por el pasado llanto, dijo Pedro:

— ¡Contra! Pus es verdá lo del llantín que icían en la plaza que tabías tomao por no llevar la Virgen.

Bajó ella la vista sin responder; y el mozo, no acertando por qué le parecía que sus propias palabras le arañaban la garganta, continuó:

— Anda, anda, chica, ¡y qué callaico tenías lo del novio!

— ¿Novio yo? ¡Mentira!

— Á otro con ésa. Como que la que no lo tiene va á llorar por no llevar la vara.

— ¡Mentira, mentira! — contestó la muchacha cada vez con más brío; pero húmedos y brillantes los ojos, que en seguida bajó.

— Mía tú cómo escondes la cara pa negarlo.

Hubo un momento en que ninguno dijo nada:

Pedro, sin apartar la vista de María, y cual si aquélla fuera la primera vez que la mirara, iba observando en ella muchas cosas hasta entonces no vistas..... ¡Rediez, qué guapa estabal!.....

— No tengo que esconderla pa decir que to eso es mentira—repuso ella, clavando en el muchacho sus hermosos ojazos, donde las lágrimas estaban á punto de rebasar los párpados; y la mirada, á pesar suyo, dejaba ver lo que quería guardar oculto.

Sintió Pedro una atracción dulcísima y potente que á María le acercaba: nunca, ni al lado de la Nica, había experimentado cosa semejante: le pareció que algo escondido muy adentro en el alma, un sentimiento largo tiempo adormecido en el fondo del pecho, por la costumbre de no ver en María sino una chicuela, despertaba de pronto vigoroso, y llenando su sér, pugnaba por salir afuera desbordando en los labios, pero sin atinar á tomar forma expresable en palabras.

Sólo al ver que María iba á alejarse, pudo decir:

— Entonces, jura que no es verdá que tengas novio: júralo, jura.



— Por éstas que es verdá que no lo tengo; y echó á correr metiéndose en la casa.

Quedóse el mozo un instante perplejo; pero á poco salió como un cohete hacia la plaza.

*
* *

— Marucha, Marucha, sal en seguida.

— ¿Qué traes ahí?

— Pus, mira, que pa el caso, tanto tiene esta

Virgen de barro que te traigo como la otra..... Te la he compraó en un puesto de la plaza, y la merqué pa que esta noche, en tu cuarto, la pueas pasear en procesión to lo que quieras, y que te consuele..... Dimpués....., dimpués..... mira, si tú quisieras, podría yo pasarme por tu reja un ratico na más pa preguntarte quién es el mozo con quien tú más querrias casarte..... Y si con él pueo yo algo, taseguro que antes que acabe el año con él te casas.....

Dí, Maruchilla, ¿quieres? ¿Vengo esta noche?.....

JOSÉ DE ELOLA.

AL DOLOR.

¡Te quería burlar!... Ilusionado,
Sin sentir tu opresión, sin conocerte
Hallábame tranquilo, acariciado
Por las gratas lisonjas de la suerte.
Me lancé á la pelea, convencido
De que en la lucha contra tí, saldría
Ileso, más aún, robustecido
Por los alientos que el triunfar envía.
Y por eso al mirarte me reía,
Y por eso también te despreciaba,
Siendo altanero, cuando tú orgulloso,
Y por eso, con ansia, consumía
La rebotante copa que me daba
El placer, ese amigo mentiroso.
¡Sombras de la ficción, huid ligeras;
No volváis á aturdir mi pensamiento!
¡La verdad, con su luz, os desvaneece
Como á las nubecillas pasajeras
Que flotan en el ancho firmamento,
Con sus rayos, el sol, cuando amancece!
Dolor, adusto padre de la pena,
Compañero leal del desengaño,
Por fin me echaste al cuello la cadena
Para unirme, iracundo, á tu rebaño.
Dudé mucho de tí, pero en tí creo.

Déspota de las almas, les impones
Tu tiránica ley, y en la serena
Región en donde están las ilusiones
Que al hombre turban con mentido halago,
Se percibe, á menudo, el centelleo
Que acusa de tu cólera el estrago.
Tú siempre triunfas; tu poder maldito
No se puede anular, porque la vida
Parece en ocasiones un delito
Que tiene la sentencia no cumplida.
Tú perturbas la fiesta en que destruye
El cuerpo su vigor. El alborozo
De la felicidad por tí concluye.
Tú aprisionas al viejo, como al mozo;
Tú penetras en todos los hogares;
Tú eres el rey del mundo y le dominas
Con las sangrientas hordas de pesares
Que á su constante ocupación destinás.
¡Bien te conozco! La primer desgracia
Me anuncia lo robusto de tu brazo
Y me hace arrepentirme de mi audacia.
También tu esclavo soy, no lo discuto.
¡Ya recibí en el alma el latigazo!
¡Ya te ofrezco rendido mi tributo!

J. FRANCO RODRÍGUEZ.



La Coqueta.

Bajo la ancha campana de la cocina chisporrotean, se retuercen y desaparecen por el avivado fuego las gavillas de sarmientos.

El día había sido *de fortuna*, ayudando eficazmente la nieve al venteo del galgo, y buen golpe de liebres colgadas de las vigas lo atestiguaban.

Alrededor de amplia mesa fumaban y tomaban café varios jóvenes, acusando el desorden de platos y copas el final de opípara cena.

Los galgos desperezaban sus largos cuerpos á los pies de sus amos.

Caza y amor son buenos compadres, y episodios y escenas de la una, y lances y travesuras del otro, venían ocupando la atención de la alegre velada campesina.

—Vamos, Perto, echa la última gloria mientras que este chambón termina de contar su aventura con *la Coqueta*.

Perto, el viejo cortijero, amontonó sobre la piedra del hogar colosal gaviellada, en la que bien pronto hizo presa el vivo rescoldo, iluminándose con la luz azulada que produce la llama del sarmiento aquella amplia habitación, medio salón de se-

ñorial castillo, y medio cocina de opulenta cortijada.

—Por más que digas, semejante error no cabe en ti. Jamás se desvía el plomo de tu puntería, tu pulso es firme, y excelente tu vista. Nada, que no, que aquí no cuele.

—¡Ea! me pilláis en vena de confidencias; las vuestras obligan á las mías, y vais á saber el porqué, siendo tan hábil y experto cazador, me llaman *el chambón*; y allá va, y no de cuento y sí de pura verdad.

Era el mes de Junio de hace algunos años. La mies estaba madura, el calor no era fuerte y las perdices ocupaban sus nidos. Nos encontrábamos, por lo tanto, en plena estación de la caza del macho con el reclamo de la hembra.

Sabéis tengo delirio por la caza, pero de la noble, de la que se hace cara á cara, y no de la que se verifica á traición y por sorpresa. Nada hay comparable á mis aficiones como el engalgar al escape de mi caballo el perdido rastro; nada me seduce como el *tenazón*, del que tiene defensa el conejo en la viveza de sus movimientos y en la espesura



del matorral; nada más hermoso que la codorniz poniéndose fuera del plomo con la rapidez de su vuelo.

Ya visteis esta mañana lo sucedido con ese *liebrón* que cuelga de aquel palo. Jamás he presenciado una lucha más interesante. Ibamos en ala por la nevada y extensa vega. Los doce á caballo: cubríamos una larga mano; caminábamos despacio, distanciados á unos veinte metros; en los intermedios y en los extremos marchaban *las escopetas negras*, con orden de no matar, y si sólo jalear. La jauría, alta la oreja y al viento el ho-

iba á su alcance un galgo. Era éste.—¡Arre, *Relámpago!*, le grité á toda voz; debió oirme, viendo estrecharse la distancia entre su largo y humeante hocico y el levantado rabillo de la liebre.—¡Arre! ¡arre, *Relámpago!*, repetí de nuevo, excitando la voz y el látigo al perro, y la espuela y el rendaje al caballo. El efecto fué inmediato en uno y en otro, y de una violenta estrepada, á mí me puso la bestia cerca de la liebre, y á *Relámpago* á su alcance, dándole una embestida sin lograr hacer presa.

El instinto de estos animales no ignora que lu-



cico, olfateaba en los nevados tomillares. El silencio era completo. De pronto, dei *ala* de Perico saltó una pieza, y ¡arre, *Relámpago!*; ¡á él, *Palomo!*; ¡ala, *Cornejo!*, resonó alegre y atronador en toda la línea. Los galgos inmediatamente la vieron y *arrancaron con ella*. A los tres minutos, sólo iban cinco; á los seis, sólo tres estaban á su alcance. En una parada en seco que hizo el pobre animal, se distanció de perros y caballos. Nos pusimos nuevamente en pista, y á las voces y al restallar de los látigos se engalgó la pieza. Al subir el repecho de «Cruz del Rematado», sólo

cha semejante no puede durar más que algunos segundos. Si la liebre llegaba á las próximas mojoneras, estaba salvada. Casi al pie de una boca fué alcanzada por los acerados dientes del perro.

De propósito he querido hacer esta minuciosa descripción para que comparéis la diferencia de la caza en lucha, á la caza á traición y en emboscada.

Como os decía al comenzar mi relato, estábamos en plena época de la caza del macho, y viniendo la natural aversión que siempre he tenido al reclamo, me decidí á hacer un puesto.

—Lleve usted, señorito, á *la Coqueta*—me dijo el cortijero, señalándome en el jaulero una raquítica perdiz á medio pelechar, de ala caída, poca cola y patas averrugadas.

—¿Y se llama á ese avechucho *la Coqueta*?

—Llévela usted, y no le pesará. Vaya al *tollo* que hay en la *Corraleja*, y yo respondo de que si

hay machos en una legua á la redonda, acudirán al pie del *tango*. Ya verá usted lo que es canela fina y lo que es esta alhaja. Son incalculables los machos que se han matado á su reclamo.

Enfundé la jaula, cargué con ella, y á los veinte minutos estaba en el puesto. La madrugada era espléndida, fresco el ambiente y perfumada la atmósfera con las penetrantes emanaciones de la espontánea flora del monte.

Al percibir la perdiz el fresco de la mañana, al encontrarse en el campo de sus proezas, sacudió sus plumas, se irguió, dió varias vueltas orientándose, y empezó con un monótono canto, dándole inflexiones de alegre impaciencia. Su insinuante *jacara* la suspendía de cuando en cuando, estiraba su pintado cuello, prestando atención á todos los ruidos del monte. Meloso y lento *piñoneo* señaló la proximidad del macho. Éste no tardó en presentarse en la explanada del *tango*. Era un hermoso ejemplar, con toda la bélica gallardía de su raza gallinácea. Pisando señorial y majestuosamente con sus pies calzados de rojo; entreabierto

su ancho y corto pico; esponjadas las lisas y pintadas plumas de su cuello, rozando la arena con sus alas; abierta la redondeada cola y encendida la ardiente pupila, adelantó hacia la hembra, *zureando*, más que cantando, frases de amor. La raquítica perdiz se transformó á la presencia de su conquista; cariñosamente la contempló, dando comienzo al amoroso idilio, desarrollando él todos los refinamientos del galanteo, y ella toda su escuela de marrullerías, mimos y seducciones.

A una nota de deseo mal comprimido del macho respondió á lo lejos otra aguda y larga de desafío, que bravamente fué contestada en el acto, excitando á la lucha un meloso *cacareo* de femenino satisfacción ante el presentimiento de próxima lucha. De un ruidoso revuelo se presentó en plaza el nuevo *personaje*. Los cañones de mi escopeta estaban en tronera, y la carambola á su alcance; pero yo me olvidé de la caza, convirtiéndome en anhelante espectador que espera presenciar una tragedia alentada por una perfidia que amante se ofrecía como premio al vencedor. En aquel mo-





mento comprendí lo justificado de llamarle *coqueta*. La lucha fué larga y tenaz; dándole fin un certero picotazo del intruso, que hizo rodar al pie de la jaula al pobre pájaro que momentos antes oía acentos de correspondencia.

El desarrollo del tubérculo que sirve á la perdiz de espolón; lo acentuado de las manchas rojas, negras y blancas con que tiñen sus abundantes plumas; la distribución y color que semejan las del pavo real que formaban su cola; y más que todo la corpulencia, belicosidad y destreza, denunciaban en el vencedor á un viejo macho acostumbrado á mandar á su bandada.

Mientras el infeliz caído confundía su sangre con el rojo de sus plumas, el vencedor dió al viento penetrante canto de triunfo, y de un salto se posó sobre la jaula, y enardecido por el deseo y la lucha, picoteó con furor los alambres que aprisionaban á su conquista.

La hembra furiosamente secundaba la obra de destrucción. Esto es lo que yo creía; pero al fijarme, bien pronto me convencí de que sus picotazos no se dirigían á la jaula, y sí al pájaro. En un esfuerzo de éste, logró introducir su cabeza por en-

tre dos alambres, en demanda de ofrecidas caricias, recibiendo en vez de éstas duros golpes sobre su roja nuca.

¡Ah, bribona! Así cumples tu promesa de amor; atraes, no por deseo y sí por maldad; realizas el mal sólo por el mal, sin haber odios de raza ni antagonismos de especies; gozas con el crimen y con la muerte de tus hermanos—quizás de tus padres,—asentando tu fama sobre mutilados cuerpos atraídos por tus sangrientos reclamos. Estás por mí juzgada y condenada: y por si el pobre pájaro que estaba aprisionado entre los alambres vivía, cambié en la escopeta un cartucho de perdigones por otro de bala; apunté con gran cuidado, y la infame trágica, la sin igual *coqueta* cayó inerte en el fondo de la jaula. Corriendo me acerqué á ella, separé los alambres y lancé al aire al pobre pájaro, que aún vivía.

Esta fué la primera y única vez que he cazado con reclamo. Fui justiciero, y con paciencia sufrí el título de chambón y las iras de D. Pedro, dueño de la *Coqueta* y del cortijo «El Goloso», donde acabaron al plomo de mi escopeta los arrumacos de aquella páfida y mala hembra.

J. ÁLVAREZ GUERRA.



MUSICOS EN PASCUAS.

Boceto de Barbasán.—(Propiedad de Manuel Reina.)

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Arenal, 18, Madrid.

Madrid, 14 de Octubre de 1901.

Año LX.—Núm. 38.



1.—Capa de terciopelo.

2.—Abrigo para señorita.

Núm. 1.—De terciopelo, adornada con bordado y aplicaciones de paño; cuello y solapas guarnecidas con mongolía; forro de raso uateado.

Núm. 2.—Abrigo adornado con esclavinas, cuello y corbata de terciopelo guarnecidos con pespunte; forro de seda. Manga ancha con carteras.

AÑO LXI

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 36 pesetas;
Seis meses, 18; Tres meses, 9;
Un mes, 3.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 6;
Un mes, 2.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 4,50;
Un mes, 1,50.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 12 pesetas;
Seis meses, 6; Tres meses, 3.
Un mes, 1.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 40 pesetas;
Seis meses, 21; Tres meses, 11.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 8.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 5.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 14 pesetas;
Seis meses, 7; Tres meses, 4.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos. — Seis meses, 26. — Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada*, como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

